

Alerce

N° 122, octubre de 2024. Sociedad de Escritoras y Escritores de Chile. Director: David Hevia.

Erwin Nettig: el verso va donde juegan las curvas de la espuma a ser flores del viejo mar

Erwin Nettig R. (Osorno, 1965). Trabajador Social, ha escrito en revistas de literatura y de antropología sobre poesía y cultura mapuche-williche. Posee ocho libros de su autoría en poesía y cuento. Forma parte de la Mesa Regional del Libro y la Lectura de Los Ríos, y realiza mediación de lectura en diferentes CRA de liceos y escuelas de la región. También colabora con la mesa de la Dirección Regional de Bibliotecas Públicas de Los Ríos. Ha obtenido diferentes premios y becas de creación literaria; entre ellas, el premio 2024 CONARTE de Valdivia con este libro: *El jardín sin hombre*. De los poemas de esa hermosa obra, *Alerce* comparte a continuación una selección con sus lectores.

Parádeisos

Un huerto plano
fija su primer cultivo
las aguas del Edén nutren
las raíces de sus cuatro cabezas
Disponen el retorno
las nómadas criaturas
amantes de Tiamat
—la serpiente del caos y el mar salado—
acontecen los siete días
de encima del abismo
la arcilla erige la luminosa costilla
El fruto mordisqueado
yace en la tierra
Adapa enfurecido
arranca las alas
a los demonios del aire
el giro de una espada de fuego
aquilata el árbol de la vida.



Viejo Jardín

Por centurias sangró la vida
con su holocausto de agua
en los brazos largos de la noche
se alzó la espantosa clarividencia
resguardando el traje turbio
de esta ciudad saqueada
y retorcida de sus gestos.
No hay mención
el olvido insiste en reclamar la abyecta tarde
y su máquina provista de azules vinos
se derrama sobre la cortina de la soledad
mis manos rasgan la tenue luz
y escogen las minúsculas flores
para retrocederlas
hasta sus semillas.

Raíces

Lento como el bulbo del magma
prospera el código del tiempo
en cada paso subterráneo
arrastra los ecos del inicio
su médula azucarada
lleva la infancia y la muerte
en su barca sedienta
La placenta de sueños
tensa el nervio de la savia
—entona el himno descuajado del sol—
la audacia de su carne
es un alargado mordisco a la luz
su semilla emplumada
se eleva al infinito
anunciando el prodigio
de su largo afán.

Margaritas

Amo el arqueo de las liguladas margaritas
cuando curiosean a campo abierto
—alzan sus cabezas terrestres—
amarrándose al amarillo del sol
desde su arnés claro
Amo sus apéndices que se dividen
—con un me quiere mucho, poquito o nada—
en su profético oráculo vegetal
No siempre fueron frágiles
las corolas de esa flor
hubo pétalos como lanzas aceradas
que cortaron la vida con su gemido áspero
conteniendo al lecho amargo
donde la boca recitaba sus despojos
esa persistente cábala de los nigromantes
y sus malsanos presagios.

Diluvio

La tierra ha vadeado siglos de agua
para satisfacer los vientres
de los curvados maderos de la barca
en su viejo puerto retoza el brío
solo unas tablas siguen a la deriva
sus olvidados remos negros
arrastran las sombras de otros niños
y su ejército de insectos
el cielo va
comiéndose las estrellas
Una mariposa ciega sigue volando en círculos
el aroma de la sal negra desea la tregua
el sueño del capitán es voltear el rumbo
y vaciar cada gota del vendaval
en el seno cóncavo del cielo.

Desde el mar

Juegan las curvas de la espuma
a ser flores del viejo mar
los últimos huiros
vuelven cielo atrás
allá en el fondo del mar
está la distancia de mis errores
la pobreza fronteriza del futuro
la cáscara ahuecada del silencio
ese lugar donde iba
de la nada a la nada
siempre niño
buscando tierra firme.

Flores parturientas

Sigue soplando el viento dentro del viento
por los mismos orificios de la casa
el perfume del fresco pan llega al jardín
sonríe el fértil territorio de los tallos
una moneda incrustada perfora la luz
en el borde de la corroída ventana
Avanza el día como un témpano
mi mano rasguña la piel de la moneda
el yunque del otoño
hace sonar el martillo de mi padre
vibran los techos y la ventana
caen algunas cerezas
desnudando al viejo árbol
un espejo lanza una ilusión al niño
iluminando sus cenicientos pies
dos lunas parturientas
traen al hombre desnudo
que balbucea sus próximas heridas.

El tiempo

Porque todo es tiempo
incluso la solidez de la montaña
da cuenta de su silencio de piedra
el camino de los muertos también es tiempo
uno de fósforo y otro de vela
uno de pájaro y otro de cielo
uno de harina y otro de niño
por los siglos de los siglos
La luz en medio de la lluvia
el vino en medio de la lluvia
el pan en medio de la lluvia
la oración en medio de la lluvia
todo aquello contiene tiempo
la estrella, el aire, la piedra, la tierra
las manos torcidas de la lavandera
incluso la dolorosa alegría inútil
contiene tiempo
menos
la hebra de sangre
de un naciente cuchillo.

Ataque

Desde que los caracoles
sitiaron el jardín
con sus embriones resbaladizos
el futuro se hizo arduo
el aliento de las hojas
sucumbió a los inválidos tizones
se escribió el final a tientas
también desde los jarrones de las flores
—con sus detenidas almas cortadas—
se vertieron las abundantes cenizas
de su vientre de cripta
insinuando las vías de la resurrección
incubando el divino polen
haciendo agujeros en la cáscara terrena
sintiendo el respirar de la raíz
y resucitando la razón
de la vida de los soles.

El jardinero

Cada flor
prepara su horizonte
graba en el aire
su resuelto meridiano
y entre las cicatrices
mide la distancia
de la sensible geometría
a veces tienta la fragilidad
del humano olvido
y los colores estallan

en el medio del verdor
un transitorio signo
una constelación sin rumbo
entonces la noche inagotable
construye la dilatada oscuridad
del jardinero.

Maneras del olvido

Convengamos que el olvido
es una grieta en las estrellas
y está destinado a ser un punto
en el ángulo del atardecer
Pactemos que es maleable
que está cubierto de venas
de sangres y arterias
con su vacante testamento
pues los terrestres hombres
desistieron de su longeva luz
y gastaron sus ojos
en los relámpagos.

Escarbar

Un hombre habla con el paisaje
rasga el manto de la tierra
buscando al ciego río
en un árbol invisible
los zorzales revientan sus jaulas
el hombre
persiste en su tarea
quiebra ramas secas
entre las tumbas de las flores.

Poesía

Escribo palabras
que van mar adentro
con sus pavorosos esqueletos
sin barquero
sin columna vertebral
sin sonoras gaviotas
sin el desvestido soplo
ante la luz
de la redondez
de la noche

Hubiese preferido
un solo chasquido del cosmos
y su trastornada luminaria
acaso un vago vértice
donde colgar un poema
y suavizarlo en la intemperie.



Presagios

Anuncian al ave del dolor
con su mapa de invierno
atravesando la madrugada
Ese pájaro cegado
por los filamentos de las olas
sacude sus alas de sal
hundiendo su ejército de líquenes
bebiendo el agua de la luna
aterrando a los viejos peces
que huyen despavoridos
a sus cárceles de coral.

Diente de león

Sostengo la cerrada semilla
su cuerpo alargado es una carta
que abro con mis manos presurosas
—el aleteo de un traro anuncia la guerra—
un ejército de hojas se desliza por el río
y los niños ignoran el corazón del odio
mido ese silencio que bastará
para quedarnos en sus ojos
con el contrapeso húmedo de la sangre
y la eternidad de aquellos gusanos
que carroñarán sus cuerpos

¡La guerra ha comenzado!

